

## Todos hacemos la ciudad

*Eugenia Meyer*

Ésta es mi ciudad, aquí nació mi padre, aquí nací yo, aquí me educué, aquí aprendí a amar a México, a sentir ternura y nostalgia por los sitios que almacena la memoria. Aquí fui madre. Aquí he sido maestra, aquí nacieron mis nietas, aquí he vivido siempre. Aquí me he formado como historiadora, he actuado y participado del acontecer colectivo. Aquí he sido, como tantos otros, protagonista de una historia contada y por contar y me he comprometido con lo que nos sucede. Aquí quiero morir.

Éste es mi terruño, ésta es mi ciudad. En ciertos momentos la desprecio, me agobia; pero termino por reconocer casi siempre que la amo y me reconcilio con todo lo que me permite mantener la secreta complicidad de un amor permanente y bien afianzado.

No me quiero ir; nunca he pensado siquiera en asentar raíces en otra parte. No quiero cambiar mi ciudad por otra, no quiero empezar a crear, buscar o construir signos de identidad en otro lado. Es demasiado tarde para empezar a sembrar, es demasiado doloroso y sobre todo no existe lugar alguno que me atraiga o me llame más que mi vieja ciudad con todo lo bueno y lo malo que ella tiene.

Entonces, cómo conciliar estos sentimientos y estos deseos que tejen un fino manto de vivencias y recuerdos y todo aquello que día con día percibo del deterioro general y colectivo, de la descomposición social, de la destrucción de un paisaje urbano del que todos somos responsables.

Y con este bagaje cultural y las cargas afectivas y emocionales

que conlleva, confieso que apenas conozco a *mi ciudad*, ésta, la otrora de los palacios, la antaño región más transparente. En ocasiones la desconozco por grande, por evasiva. Tantos barrios, tantas colonias, zonas marginadas, asentamientos clandestinos. Poco a poco se perdió la cercanía, los signos de identidad cotidiana que nos cobijan en un diario bregar.

Ahora tantas delegaciones, tantos y tan extensos espacios ajenos, fríos y desconocidos; tanta diferencia entre los unos y los otros. Casi podría decir que en nuestra ciudad reina la otredad, el rencor y los resentimientos que nos impiden acercarnos a ella en un esfuerzo por *humanizarla*.

Y, sin embargo, no podemos seguir a la deriva. Es menester encontrar las formas y los caminos para recuperarla a partir de su pasado, para así recuperar la historia, que nos une y nos hermana, para preservarla y transmitirla a las generaciones futuras.

Con memorias y olvidos múltiples, con recuerdos y espacios identificables, con su gente, con sus gestos, con sus costumbres, con los testimonios y tradiciones se conforma el legado cultural que da sustento a la ciudad de México, tan grande, tan vasta, tan derruida, tan abandonada y aún tan hermosa e imponente.

Antes la identidad se daba por los barrios, por la vecindad y la proximidad de día con día: la gente de Tlalpan, la de Mixcoac, la de Azcapotzalco, Coyoacán o la Guerrero. Hoy aquellos rostros que eran familiares, se han perdido en un mar de indiferencia. Pareciera que nos hemos ocultado o resguardado de los otros, ensimismándonos en lo muy cercano y conocido.

Los barrios se desdibujan frente al empuje y el arrastre de la urbanización despiadada y tecnocrática; frente a las migraciones desesperadas, forzadas por el hambre que parecen cascadas incontrollables de otros mexicanos que llegan con la esperanza de encontrar aquí la luz de un futuro. Y todo ello se traduce en caos, marginación y condiciones infrahumanas que nos hieren y avergüenzan.

Aquí se reproduce, en miniatura, la realidad nacional: plural, heterogénea, encontramos rasgos étnicos diferentes, formas lingüísticas y expresiones diversas, maneras múltiples de vestirnos y de mirarnos los unos a los otros. Aunque, a fin de cuentas formemos parte de un país que cobija, a veces a regañadientes, la diversidad.

Cotidianamente la ciudad se deconstruye y se construye en

forma caótica y anárquica. Sus edificios, parques, monumentos y avenidas integran una masa compleja de circunstancias y de problemas ante los cuales, nosotros, sus habitantes, difícilmente sabemos cómo defenderla y salvaguardarla. No se trata de enajenarnos o valernos del "sálvese quien pueda", sino de buscar colectiva y socialmente soluciones a nuestra realidad imperante.

Y entonces, ¿cómo y por dónde recuperar la tarea de delinear ese perfil de la gran ciudad al filo del nuevo milenio? Quizá de la tempestad en que nos vemos inmersos, surja la calma y tengamos que empezar por el principio. Esto es, por las raíces, por los orígenes, por rescatar todo aquello que nos permita hilvanar los trozos y los trazos de esta gran ciudad y podamos entonces, sólo entonces, pensar en el legado esencial de la historia plural y multifacética, multifónica, de la gran ciudad, con el cual los habitantes del siglo XXI puedan avanzar por nuevas vías.

Reconociendo los valores propios, los de quienes se han sumado a la experiencia de habitar esta gran ciudad podremos fortalecer y asegurar nuestra identidad; ello, quizá, permita una mayor apertura a lo extraño, a los demás, mirar de frente y registrar otras formas de ser o de actuar, sin el temor o la amenaza de perdernos en la imagen de aquellos.

No podemos soslayar la importancia de fortalecer esa identidad de quienes han nacido o vivido en la ciudad de México, con las características particulares que ello conlleva. La enorme variedad de nuestras culturas y costumbres como nación, permite identificaciones específicas al resto de los habitantes de la República, por ende justo es el reclamo de los "defeños", que buscamos algo similar en cuanto a la búsqueda y reconocimiento de lo nuestro propio y particular. No sólo somos habitantes de la capital del país, la sede de los poderes federales, el centro de una impresionante y avasalladora burocracia. Somos, también, un significativo conglomerado de hombres y mujeres, que ansiamos la identidad propia que nos une y enorgullece.

A partir de este principio rector, nos preguntamos: ¿cómo allegarnos los recursos para preservar esa historia? ¿por dónde empezar y, más aún, cómo evitar o detener el deterioro y la destrucción de nuestras señas? ¿cómo evitar que las huellas del pasado se pierdan o se borren? ¿cómo generar una necesidad social a fin de salvaguardar y preservar los *documentos monumentos* del pasado tornados

en patrimonio histórico de la ciudad de México?

Toda cultura material es parte de un legado histórico: edificios, estatuas, fuentes, parques, zócalos, puentes, acequias, esculturas, papeles, dibujos, pinturas, litografías, fotografías, imágenes en movimientos, voces, sonidos, olores, sabores, luz y oscuridad. En fin un mar de recursos y posibilidades entre los que se distingue una por singular y esencial, la memoria de sus habitantes. Memoria tornada en testimonio de los tiempos múltiples y de los imaginarios personales y colectivos.

Parece esencial estimular el trabajo de los recolectores de memorias, de documentos, de una iconografía dispersa y variada. De las imágenes de viajeros o cronistas, tanto de diaristas que transmitieron su sentir sobre la ciudad de México, en momentos diversos de esta larga y significativa historia. Pienso en un Guillermo Prieto quien en su *Memoria de mis tiempos* retrata en forma inigualable los padeceres de la capital al momento de la ocupación del ejército invasor de los Estados Unidos.

O la incisiva mirada de Salvador Novo anotando el diario acontecer, con dimes y diretes, o, mucho más contemporáneo y quizá por ello más preciso e identificable, de la ciudad de México de Carlos Fuentes, luego de la de José Emilio Pacheco asentando las costumbres de pasado que es de todos; de Cristina Pacheco que hace y rehace las calles, se integra a ellas, a sus caminantes, a sus habitantes y nos presenta facetas muchas veces desconocidas o ignoradas, porque quizá así nos duelen menos.

Y, naturalmente de Carlos Monsiváis quien ha logrado construir el historial próximo de la vida cotidiana y vida popular de los chilangos y la ciudad de México en las últimas décadas de nuestro siglo.

Y qué decir del testimonio de edificios que están y permanecen y se significan como sitios de identificación para los habitantes de la capital. Las plazas, los kioscos, los comederos imprescindibles para los mexicanos, las fiestas de barrios y barriadas, las iglesias y los santorales, los paseos y festejos tradicionales como ferias, mercados, ceremonias, paseos domingueros, en fin, un universo de signos que claman por ser conocidos y reconocidos a fin de permanecer.

Habrà que insistir en recuperar los espacios que son nuestros: habrá que defenderla de la supuesta posmodernidad, del neoliberalismo y tantos otros recursos retóricos de autoridades insensibles

que en forma vertiginosa convirtieron a nuestra ciudad, ante nuestro asombro, indiferencia o complacencia, en un espacio frío, inhumano y casi inhabitable.

Habrá que ir al reencuentro y reconquista de nuestros espacios, nuestros terrenos. Habrá que crear conciencia entre buena parte de la población que vive aquí por vericuetos del destino, y por ende a quienes poco interesa nuestra ciudad, que llegaron para quedarse, que su paso no es transitorio y por ello, tendrán que asumir, junto con nosotros, el compromiso de defender y dignificar primero para luego reconocernos en esta maravillosa ciudad.

¿Cuál es, entonces, el perfil de los mexicanos de la ciudad de México, de cara al nuevo milenio de individuos, de hombres y mujeres, absortos en el diario ir y venir, en la presión y la decepción de este cierre de centuria?

¿Cómo conciliar la otredad, lo diferente y lo semejante, lo que nos une y nos separa, los resentimientos de fuera hacia adentro y los de dentro hacia afuera? ¿Cómo integrar a esta población tan plural y disímbola a partir de un propósito común que nos defina?

Vernos desde dentro, atender la visión que otros tienen de nosotros desde fuera. Lograr que la ciudad recupere lo suyo, lo más profundo, para hacerla nuevamente vivible. Quizá el punto de partida está precisamente en asumir la realidad, no en negarla, para así combatirla y remediarla.

Sigo creyendo que las respuestas debemos encontrarlas todos a quienes esta ciudad define, delimita y marca la pauta de nuestras vidas. Ciertamente el perfil del mexicano de la ciudad de México será en el futuro el que determine la propia ciudad, casi como una extensión, una justificación de su existencia. Porque, a fin de cuentas, todos hacemos la ciudad.